



clv

William MacDonald

Piensa en tu Futuro
«En pos de Sombras»



Apartado 202 • Tel. y Fax (974) 23 07 02
22080 HUESCA

clv

Christliche

Literatur-Verbreitung e.V.

Postfach 110135 · 33661 Bielefeld

1ª impresión por CLV y Editorial Discípulo 2001

Publicado originalmente en inglés con el título de
«Think Of Your Future»

©1956 by William MacDonald

Traducción: Elisabet Ingold-González
«Grasping For Shadows»

© 1972 by William MacDonald

Traducción: Juan Luis Morales

Revisado por Carlos Tomás Knott

© 2001 by CLV

Christliche Literatur-Verbreitung

Postfach 110135 • D-33649 Bielefeld

Internet: www.clv.de

Editorial Discípulo

Apartado 202

22080 Huesca, España

Internet: www.discipulo.net

ISBN 3-89397-459-8 (CLV)

CONTENIDO

Piensa en tu Futuro -----	7
Verdades que cambian vidas -----	7
Sólo una vida -----	9
Tan, pero que tan breve -----	12
Eternidad -----	14
La Edad de Oro -----	16
Educación que cuenta para la eternidad -----	21
¡Tú escoges tu propio futuro! -----	24
Ambiciones: ¿sabias o no? -----	26
Las grandes obligaciones de la vida -----	30
El gran compromiso de la vida -----	36
La importancia de una ocupación -----	40
Excusas, evasiones y coartadas -----	45
¡Vida con pasión! -----	48
«En pos de Sombras» -----	53
Universidades de Prestigio -----	54
¿Aficionados o Fanáticos? -----	57
El Llamamiento A Filas -----	57
El Trabajo Es Lo Que Cuenta -----	58
El Poder Del Ejemplo -----	60
Excusas A Granel -----	61
Regreso A Los Fundamentos -----	62

VERDADES QUE CAMBIAN VIDAS

Una gran verdad a menudo influye en la carrera completa de un hombre. Por años puede estar viviendo de una forma rutinaria: luego, como por casualidad, se encuentra con una frase o un dicho inspirador, y desde aquel día nunca más vuelve a ser el mismo. El curso completo de su vida ha cambiado.

Así sucedió con Hudson Taylor. Revisando distraídamente la biblioteca de su padre, se encontró con la siguiente expresión: «*LA OBRA CONSUMADA DE CRISTO*». Aquella verdad le impactó; si Cristo había consumado la obra, entonces él nada tenía que hacer, sólo confiar en el Salvador. Su alma se inundó de luz y paz. Algunos años más tarde salió para llevar el Evangelio al interior de la China.

Así sucedió con el Conde Zinzendorf. Encontrándose en Alemania, siendo todavía joven, cierto día se paró ante un cuadro de Cristo en la cruz. Debajo del cuadro estaban las siguientes palabras: «*¡He aquí, esto hice yo por ti!*»

Zinzendorf quedó extremadamente quebrantado por aquella verdad, y en seguida aceptó a Jesucristo como su Salvador.

Pero al mirar nuevamente el cuadro, vio otras palabras escritas debajo: «*¿Qué has hecho tú por mí?*»

Nuevamente conmovido por esta pregunta escudriñadora, entregó su vida a Cristo, renunciando por amor a todo lo demás. Hoy su nombre se distingue en las crónicas del movimiento misionero moravo.

Así sucedió con Dwight L. Moody. Acababa de culminar una campaña evangelística en Inglaterra y se estaba despidiendo de Henry Varley, un distinguido predicador inglés. Cuando Varley le dijo, como reto de despedida: «*Sr. Moody, el mundo todavía tiene que ver lo que Dios puede hacer con un hombre completamente dispuesto a hacer Su voluntad.*» Moody no pudo olvidar estas tremendas palabras; de perseguían. «Parecían estar escritas en las ondas del mar mientras navegaba a mi hogar, en las aceras de Nueva York,

mientras caminaba sobre ellas y en el paisaje mientras viajaba en tren a Chicago». Aquellas palabras afectaron su vida posterior, y hoy la extensión y eficacia de sus obras hablan por sí mismas.

Otros cientos podrían contar la misma historia. Andaban sin cuidado por la vida, cuando de repente se encontraron con una de las grandes verdades fundamentales por las cuales el hombre vive. Ellos fueron asidos por la lógica o emoción de aquella verdad. Esto inflamó sus mentes y corazones, y nunca más pudieron ser los mismos. Inspirados por una gran visión, hicieron historia para Dios.

¡Esto puede suceder también con nosotros! La verdad es eterna y las mismas declaraciones profundas que revolucionaron la vida de otros, pueden librarnos de carreras mediocres y asegurarnos buen éxito hoy y por la eternidad.

¡Si tan sólo lo deseáramos! ¡Si estuviéramos dispuestos a estar lo suficientemente callados para escuchar! ¡Si deseáramos enfrentar estas verdades con honestidad y valentía! ¡Si quisiéramos considerarlas hasta llegar a sus conclusiones lógicas! ¡Si estuviéramos dispuestos a dar una respuesta razonable, a proceder de acuerdo con ella, a perseguirla con pasión!

¡Todo depende de ello! ¿Estamos dispuestos a seguir la gloriosa visión? Por lo tanto, antes de continuar leyendo, deberíamos responder a las siguientes preguntas ante la presencia de Dios:

¿Estoy dispuesto a dejar que el Señor me hable?

¿Le obedeceré sin condiciones?

¿Hay algo que no estaría dispuesto a dejar por Él?

SÓLO UNA VIDA

Cualquier intento de reflexionar seriamente sobre nuestra existencia aquí en la tierra debe tener en cuenta la alarmante realidad de que vivimos aquí sólo una vez. Entonces ¿no deberíamos empezar con esta punzante certeza: SÓLO UNA VIDA?

El hecho de que esto fue una de las grandes fuerzas motivadoras en la vida del Señor Jesús se muestra por Sus palabras en Juan 9:4:

Me es necesario hacer las obras del que me envió, entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar.

«Entre tanto que el día dura». «La noche viene». «Sólo una vida». Si estas palabras pudieran ser como hierros candentes que marcaran con fuego sus huellas en nuestras almas, para que no las olvidáramos jamás. ¡Una vida! ¡Sólo una vida! ¡Cuán indeciblemente solemne!

¡Y debemos pensar en el *valor* de esa vida! ¿De cuánto valor es para mí? ¿Cuánto daría a cambio por ella? Obviamente ninguno de nosotros podría ponerle una etiqueta con un precio, por causa de su ilimitado valor para nosotros.

¡También debemos pensar en las *posibilidades* de la vida! ¡Cada niño que viene a este mundo puede ser un Juan o un Judas, un Pablo o un Pilato! Potenciales ilimitados para bien o para mal, para productividad o para inutilidad, para felicidad o para miseria.

Cuando estas realidades nos prenden, nos damos cuenta que la vida es un bien sagrado que nos ha sido confiado, que no debemos desperdiciarla, sino que debe ser dedicada al mejor uso posible.

No es de hombres jugar; la vida es breve
y el pecado está aquí.

Nuestros años son el caer de una hoja leve,
una lágrima que vertí.
No tenemos tiempo de desperdiciar las horas;
Todo va en serio en este mundo en que moras.

No muchas vidas, sólo una está en nuestro poder,
sólo una, un intento
¡qué santa, esa sola vida debería ser,
ese breve momento!
Día tras día repleta de bendito afán y labor,
hora tras hora recogiendo rico botín al Creador.

Horatius Bonar

«¡No muchas vidas!» «¡Una, solamente una!» «¡Ese breve momento!»

Esto nos recuerda una ilustración comúnmente usada por C.E. Tatham para ilustrar lo sagrado de esta única vida. A una niña, estando de compras con su madre, se le permitió comprar algunos dulces, después de haber comprado los víveres. Se paró ante el escaparate, mirando con atención el llamativo surtido en los diferentes recipientes de vidrio. Primero señaló un tarro y dijo: «Quiero uno de estos». Apenas el tendero fue a sacarlo, puso su atención en otra fuente, y expresó retractándose: «No, quiero uno de estos». Después de varias muestras de indecisión, su madre un tanto enfadada le reprendió diciendo: «Querida, apresúrate y decide de una vez». A esto la pequeña respondió con apremiante lógica: «Pero mamá, sólo tengo una moneda para gastar».

«¡Sólo una moneda!» «¡Sólo una vida!» Asegúrate de gastarla sabiamente.

Necesitamos que nos lo recuerden constantemente. El Rey Jorge V de Gran Bretaña conservaba sobre su escritorio un lema con este propósito. Escrito por Stephen Grellet, un cuáquero americano del Siglo XIX, dice lo siguiente:

Pasaré por este mundo una sola vez. Por lo tanto, cual-

quier obra buena que pueda realizar o cualquier favor que pueda mostrar hacia algún ser humano, permíteme hacerlo ahora. No dejes que lo postergue ni que lo deje pasar, porque no volveré a transitar por este camino jamás.

Y Avis B. Christiansen captó las solemnes implicaciones de la breve estancia sobre la tierra en uno de sus poemas:

Sólo una vida, Jesús, mi Señor y Rey, te puedo dar,
sólo una lengua para alabarte y tu gracia cantar,
sólo la devoción de un corazón:
que a tu gloria sin par esté consagrado
y a ti, oh Salvador del todo entregado.

Sólo esta hora es mía, que la use para ti, Señor,
que cada momento que pase sea de eterno valor;
Hay tantas almas sufriendo y muriendo,
muriendo a mi alrededor en vergüenza y pecado.
Ayúdame a contarles la redención que tú has obrado.

Sólo una vida para ofrecer, tómala Señor te pido,
nada retengo ya, tu voluntad ahora sigo;
Tú que para este lodo entregaste todo,
considera esta vida como tuya, mi Salvador amante,
para que uses de ella cada instante.

Entonces enfrentémonos honradamente a esta primera gran verdad capaz de cambiar la vida, SÓLO UNA VIDA, y preguntémonos honestamente si nuestras actividades y ambiciones presentes son dignas, al examinarlas a la luz de esta verdad.

TAN, PERO QUE TAN BREVE

Si la sensata consideración de que sólo tenemos una vida viene envuelta con tan estremecedor valor, cuánto más la contemplación de su brevedad. El hecho de que tenemos una sola vida no despertaría el mismo sentido de urgencia si aquella vida durara un milenio, quinientos años o dos siglos. Pero cuando nos damos cuenta de que ninguno de nosotros vivirá en la tierra dentro de cien años, y la mayoría de nosotros no llegaremos ni aún a la mitad de ese tiempo, ¡quién no se conmoverá ante la brevedad de la vida!

¿Cuánto tiempo esperas vivir? El promedio de duración de la vida, contemplado en la Biblia es de setenta años (Sal. 90:10). Supón, por un momento, que vivirás ese tiempo. Primero debes descontar tu edad actual. Así sabrás el número de años que te quedan por vivir. Pero aún de esa cifra, debes restar el tiempo que invertirás durmiendo, trabajando en tu empleo secular, en obligaciones necesarias, en enfermedad e indisposición. Entonces, ¿cuánto tiempo disponible te queda para servir a Jesucristo sin trabas? La respuesta es: «¡No mucho!»

La Biblia agota el lenguaje de las expresiones de fugacidad para describir la corta duración de la vida.

Moisés la compara con un sueño.

David la describe como una sombra.

Job la asemeja con la lanzadera de un tejedor.

Santiago la considera como un vapor.

Pedro la ve como la hierba que se seca.

Va y viene rápida e implacablemente, y con ella sus brillantes oportunidades.

El féretro, la carroza fúnebre y el cementerio escarnecen nuestra placentera actitud de una estancia permanente aquí. Ni un solo día sin hacernos recordar que «la cuna y el ataúd son hechos del mismo árbol.»

Alguien podría alegar que un creyente no espera la

muerte, sino la venida del Señor, pero esto apoya aún más lo que venimos diciendo, pues en ese caso la vida sobre la tierra sería más corta todavía de lo que suponemos.

Porque mientras que algunos de nosotros podemos tener la normal expectativa de vivir varias décadas más, ninguno de nosotros puede saber si en una hora se oirá el clamor, la voz, la trompeta de Dios que señalará la venida del Señor. Los cambios políticos y el decaimiento moral se unen a la Palabra profética anunciando el apremio de Su aparición.

¿Qué significa todo esto? Simplemente que todo el que quiera vivir para Dios no tiene tiempo que perder. Que debe considerar cada minuto como un depósito sagrado. Que debe estimar el valor inmensurable de cada hora. Que debe prepararse cada día para el Tribunal de Cristo.

Cada mañana una niña esclava le decía a Felipe de Macedonia, ¡Felipe, recuerda que tienes que morir!» Él vivía cada día a la luz de aquella ineludible realidad.

Cada mañana el Espíritu Santo nos recuerda por medio de la Biblia que también somos «como el barro que perece, nacidos para una vida muy breve». Nosotros también tenemos que vivir nuestras vidas a la luz de la eternidad.

Ayúdame a reconocer el valor de estas horas,
ayúdame a ver la locura que es derrocharlas;
Ayúdame a confiar en Cristo que llevó mis penas,
y a rendirme a ti para vida o muerte.
Que en todos mis días seas glorificado, Señor Jesús,
en todos mis caminos guíame con tus propios ojos;
Úsame cuando y como quieras Señor Jesús
y entonces para mí el vivir o morir será Cristo.

¿Cuáles son tus planes para hoy, para mañana y para los días que vendrán?

¿Y después, qué?

ETERNIDAD

Si la brevedad del tiempo es una severa realidad cuánto más intransigente es la infinitud de la eternidad. Pocas palabras del idioma son tan difíciles de comprender como el sinónimo de «para siempre». Para sentir su evasión frustrante, sólo piensa en la época antes de la creación del mundo, luego retrocede al período antes de que los ángeles fuesen creados, retrocede a la época cuando sólo Dios existía. Remóntate aún más allá del principio. Retrocede y retrocede al comienzo sin comienzo. Retrocede más atrás, más atrás. Dios siempre estuvo allí. Él nunca tuvo principio.

Después proyecta tu mente hacia el futuro, después de que esta tierra haya sido destruida, después de que el pecado haya desaparecido, después que el tiempo haya cesado. Más y más adelante. Para siempre jamás. Sin fin. Sin fin.

Luego, mientras tu mente parece ir más allá de sus cortos límites, recuerda que vas a vivir eternamente. ¡Para siempre jamás! ¡Una vida sin fin!

¡La eternidad!

¡Cuánto han tratado los hombres de entender su significado! Por ejemplo, Hendrik Van Loon, nos da esta clásica pero inadecuada ilustración:

Allá en el Norte en la región llamada Svithjod, hay una roca. Tiene ciento sesenta kilómetros millas de altura, y ciento sesenta kilómetros de longitud. Una vez cada mil años viene un pajarito a esta roca para afilar su pico. Cuando la roca haya sido enteramente desgastada por esta forma de uso entonces habrá pasado sólo un día de la eternidad,

Rowland Dixon Edwards trató de pintarla así:

A bordo de un barco llevamos un dedal, le atamos un

hilo, lo dejamos caer por el costado de la nave y sacamos un dedal lleno de agua salada extraída del océano. Esto puede representar el tiempo extraído del océano de la eternidad.

La eternidad es un océano sin orillas.

Es el tiempo sin final.

Es el momento inmediato siempre presente.

Es el tiempo de la vida de Dios.

Incluso las palabras parecen gemir bajo el peso de la idea exacta.

Y ningún hombre puede decir que es racional, si no toma en cuenta la agobiante realidad de que esta vida es sólo un grano de arena en las orillas sin límites de la eternidad. Su carrera completa debe ser formulada a la luz de esta verdad. Debe vivir con la mira puesta en los valores eternos.

Se dice que la Catedral de Milán tiene tres puertas contiguas. Por encima de la primera hay esculpida una corona de rosas con la inscripción: «Todo lo que nos place existe tan sólo por un momento». Por encima de la tercera puerta hay tallada una cruz y las palabras: «Todo lo que nos aflige existe tan sólo por un momento». Luego, por encima de la puerta del centro se ve el recordatorio: «Lo único importante es lo eterno».

Entonces, como cristianos, debemos asirnos de la realidad de la eternidad. Debemos enfrentarnos con su solemne realidad. Luego habrá un brillo singular en nuestros ojos y una singular determinación en nuestros corazones de que nuestros planes no terminarán en el tiempo. ¡Entonces viviremos *para entonces* y no *para ahora!*

LA EDAD DE ORO

Los cristianos jóvenes que tratan honestamente de afrontar las cuestiones de la vida, deben reconocer que la juventud es la edad de oro. Es el período cuando la fortaleza del hombre es completa, sus sentidos son más agudos, y su entusiasmo es más pleno.

En Jeremías 2:2 se expresa claramente que Dios tiene un especial amor por la juventud, «...me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de mí en el desierto, en tierra no sembrada».

¡Hay algo especial con respecto a la juventud! Desde un punto de vista meramente natural, nosotros preferimos los gatitos juguetones a los ásperos gatos callejeros. El potro pastando atrae más la atención que la yegua quebrantada. Y no importa donde vayas, siempre te sientes atraído por los niños, y en el fondo desearías que ellos no tuvieran que hacerse mayores.

Así también, en el campo espiritual. Dios tiene una especial consideración por la burbujeante voluntariedad de la juventud, por la efervescencia de su primer amor. Él ama la fuerza, el fervor y la osadía de los jóvenes. Él se acuerda de su incalculable devoción, de su apasionado discipulado, de su desprendimiento voluntario a lo demás para seguirle. «Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio».

La juventud es la etapa de la realización. «Virgilio llegó a la cima de los poetas latinos, Lutero guió a los ejércitos de la Reforma, y Newton ocupó el primer lugar entre los descubridores, todos ellos antes de llegar a los treinta años. Antes de los veintiocho, Herodoto ya había recitado sus nueve libros de historia ante los juegos Olímpicos, y Aníbal ya había puesto a España en sujeción bajo las armas de Cártago. A los veinticinco años, ¡Demóstenes fue los labios-de-oro de Grecia, y Cicerón la lengua-de-plata de Roma!, a la misma edad Rafael fue invitado por Julio II

para adornar, con sus pinturas inmortales, los paneles del Vaticano, y Galileo observaba todas las noches el cielo y las sendas de sus espacios brillantes en busca de estrellas aún sin descubrir. A la misma edad, Shakespeare llegó a la cima de los dramaturgos. A los veintidós años, Alejandro ya había derribado el Imperio Persa, y Napoleón y Washington ya eran generales realizados. A los veinte años, Platón era el amigo íntimo y seguidor de Sócrates, y a los diecisiete, Aristóteles era llamado 'el cerebro de su escuela'. A los diecinueve años, Pascal era un gran matemático, y Bacon era muy joven cuando colocó las bases de su filosofía inductiva. A los veinticinco años, Jonatán Edwards y Jorge Whitefield eran unos de los primeros predicadores, y a los treinta años, Jesucristo pregonaba el Evangelio que revolucionaría el mundo».

Por otro lado, la vejez, es la etapa cuando nuestras fuerzas más refinadas se han agotado. Las manos empiezan a temblar, y las piernas ceden por el peso del cuerpo. Tal vez con algunos dientes menos, y los ojos mirando a través de lentes bifocales. Los oídos requieren de ayuda electrónica, y el habla se vuelve débil y rasposa. Junto con la vejez viene el insomnio, la timidez, la pérdida del apetito y un debilitamiento general. La vejez es un tiempo fatigoso, cansado.

Cuán apropiadas, entonces, son las palabras del predicador al decir:

Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud, antes que vengan los días malos, y lleguen los años de los cuales digas: no tengo en ellos contentamiento (Eclesiastés 12:1).

La juventud es la etapa perfecta para buscar a Dios, no sólo con respecto a la salvación, sino también en relación con el buen servicio para Su causa.

¡Si tan sólo los jóvenes cristianos pudieran darse cuenta de que ahora hay cosas que ellos pueden hacer, las cuales

más tarde no podrán llevar a cabo! El testimonio de un joven tiene una influencia peculiar sobre otros de su misma edad. La gente del mundo es atraída por el ánimo viril y el fervor de los jóvenes, mientras que entre los mayores los consideran como fanatismo. Los jóvenes están dispuestos a correr riesgos, y a enfrentar el desafío de la lucha cristiana, puesto que con la vejez viene el recelo y el temor al conflicto.

Muchos creyentes planifican sus carreras con la vaga idea de vivir para Cristo quizás en el futuro, después de haber ganado dinero, cuando se hayan retirado de su empleo, en otras palabras, cuando sean viejos.

Dios no quiere las sombras de una vida malgastada. Él desea lo mejor y lo quiere por completo. En el Antiguo Testamento, Él pedía sacrificios perfectos y completos. ¡Sus demandas no han cambiado! ¿Podemos ofrecerle de manera consciente aquello que está deteriorado, sin valor y desgastado? ¡No!, la razón exige de nosotros que le demos lo mejor de nuestra vida, y lo mejor de ella es nuestra juventud.

Cristo quiere lo mejor.

Él desde el principio de las edades demandó
las primicias del rebaño, lo mejor del trigo;
Y todavía, con la más apacible súplica,
Él pide hoy de los Suyos,
que pongan a Sus pies,
sus más grandes esperanzas, sus más ricos talentos.
Él nunca olvidará el servicio noble,
el amor más humilde,
Él sólo pide que le demos lo mejor que tenemos.

Cristo nos da lo mejor.

Él toma nuestros corazones
y los llena con gloriosa hermosura,
gozo y paz;
Y en Su servicio mientras nos fortalecemos,
las llamadas para realizar grandes hazañas aumentan.
Los más ricos dones en la tierra o en el Cielo

están escondidos en Cristo.
Sólo en Jesús recibimos
lo mejor que tenemos.

¿Y es demasiado dar lo mejor de nosotros?
Ay, amigos, recordemos
cómo una vez nuestro Señor
derramó Su alma por nosotros
y en el pináculo de Su misteriosa humanidad
dio Su preciosa vida en la cruz.
El Señor de señores,
por Quien los mundos fueron hechos.
Por medio de aflicción y lágrimas nos dio
lo mejor que tenía.

Fue este deseo, el de dar lo mejor de sí, lo que animó a Peter Fleming, quien murió a los veintisiete años como un mártir cristiano en el Ecuador el 8 de enero de 1956. La sagrada determinación de su alma fue entregar lo mejor de su vitalidad juvenil, talentos, amor y vida a Cristo.

Su noble decisión está bien expresada en un himno de Thomas H. Gill que fue uno de sus favoritos:

En la plenitud de mi vigor
quiero ser fuerte para ti, Señor;
cuando mi alma rebose de alegría,
para ti ha de ser mi melodía.

Mi corazón al mundo no quiero dar
y luego de tu amor hablar.
No quiero, sintiendo mis fuerzas desaparecer
entonces tu servicio emprender.

No quisiera con celo airoso y veloz
llevar los recados del mundo atroz,
y luego arrastrarme hacia la cumbre celestial
con pies cansados y paso gradual.

No será para ti mi deseo más escaso,
la más pobre e inferior porción;
No serán para ti mis fuegos en su ocaso,
las cenizas de mi corazón.

Oh, escógame en mis tiempos de oro,
participa en mis alegrías y canción;
para ti mi juventud, glorioso tesoro,
la plenitud de mi corazón.

Nada puede compensar la tragedia de una juventud desperdiciada. Por lo tanto, cada uno debe preguntarse «¿Cómo será la biografía de mis primeros años? ¿Será ésta una de indiferencia por las cosas de Dios, o el relato vehemente de una vida completamente entregada al Señor Jesucristo?»

¡Recuerda, tu biografía se está escribiendo hoy!

EDUCACIÓN QUE CUENTA PARA LA ETERNIDAD

En una generación que diviniza a la educación, es importante que los jóvenes cristianos vigilantes conozcan aquellas grandes verdades que les servirán de señal en su búsqueda del conocimiento y que les capacitarán para asignar valores correctos a los diferentes tipos de aprendizaje.

Primeramente, debemos reconocer que cuando lleguemos al cielo no tendremos un conocimiento perfecto. Sólo Dios lo sabe todo; la omnisciencia es un atributo únicamente suyo. Y nosotros nunca seremos Dios; nunca dejaremos de aprender. Una vez que nos demos cuenta de esto, afectará nuestra preparación para la eternidad.

Las Escrituras indican que en el cielo continuaremos el proceso de aprendizaje. En Efesios 2:7 por ejemplo, Pablo declara que en los siglos venideros Dios nos mostrará las abundantes riquezas de Su gracia en Su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Si Dios nos estará revelando algo eternamente, entonces, obviamente estaremos aprendiendo continuamente. ¡Y debe ser así! El tema es tan inagotable que Dios no puede enseñarnos completamente todas sus glorias. Mientras que Satanás pudo mostrar a Jesús en un momento todo lo que el mundo ofrece, Dios expondrá para siempre las inescrutables riquezas de Cristo y nunca graduará a Sus discípulos. Será una perpetua exposición de maravilloso amor y estaremos sentados a Sus pies como estudiantes embelesados aprendiendo continuamente más y más.

Hay uno o dos pasajes que parecen contradecir esto al parecer implicar que, en el cielo, tendremos un conocimiento perfecto. Por ejemplo, Juan declara en su primera epístola que seremos semejantes a Cristo. Sin embargo, esto no significa semejanza mental ni facial, sino mas bien semejanza moral. Seremos semejantes a Él en cuanto a que estaremos libres de la presencia del pecado para siempre.

Luego Pablo indica en Primera de Corintios 13:12 que conoceremos como fuimos conocidos. Esto puede indicar

que en el cielo reconoceremos a nuestros seres queridos, pero no puede significar que tendremos un completo conocimiento de todas las cosas, porque siempre seremos criaturas inferiores a nuestro Creador y con un conocimiento limitado.

Establiéndose entonces que en el cielo seguiremos aprendiendo, debemos hacernos la siguiente pregunta: «¿qué conocimiento tendré en el momento que vaya al cielo?» Se supone que la respuesta es: «el conocimiento que tenías en el momento que dejaste la tierra.» Por supuesto, siempre habrá la posibilidad de aumentar ese conocimiento en las edades venideras, pero nuestra primera base de aprendizaje será aquella con la cual dejemos este planeta.

Si esto es cierto, es tremendamente significativo. Nos hace comprender que neciamente podemos dedicar nuestras vidas a la adquisición de una buena educación terrenal que en el cielo será relativamente sin valor. La ambición de tu vida puede ser conocer, más que cualquier otra persona, de ciertos campos de la ciencia, literatura o política. Puedes lograr este objetivo. ¿Pero, de qué te servirá en el cielo? Aquellas grandes carreras de la vida parecen tremendamente superficiales cuando son vistas a la luz de la eternidad.

En cambio, un conocimiento profundo de la Palabra de Dios es de eterno valor y significado. Todo lo que aprendamos aquí en cuanto a las Escrituras será una inversión para la eternidad, puesto que en el cielo también tendremos la Biblia. Jesús dijo: «El cielo y la tierra pasarán pero mis palabras no pasarán». Y el Salmista escribió: «Para siempre, oh Jehová, permanece tu palabra en los cielos». Es decir, que cada versículo que memoricemos, cada capítulo que estudiemos, y todo lo que aprendamos de la Biblia será de provecho para la vida venidera.

La noción de que en el cielo todos seremos iguales no es una noción bíblica. La Palabra de Dios enseña que habrá diferencias en las recompensas para los salvos, así como habrá también diferentes grados de castigo para los condenados.

Aunque en el cielo todos serán felices, algunos tendrán mayor capacidad de disfrutar de sus glorias que otros. De hecho, nuestra apreciación por el Señor Jesús estará de acuerdo al conocimiento que hayamos adquirido de Él a través de su Palabra. Las copas de todos estarán llenas, pero algunos tendrán copas más grandes que las de otros.

Ahora, naturalmente es necesario que cada uno de nosotros adquiera cierto conocimiento «mundanal» o «secular» con el fin de encontrar un empleo conveniente y para llevar a cabo las actividades necesarias de la vida. Por esta razón, algunos reciben una educación superior, y otros reciben una enseñanza aún más avanzada en campos especializados. Pero es importante recordar que este tipo de educación no es lo primordial en la vida. Es simplemente un medio de progreso, una forma de ganarse el sustento, mientras mantenemos firme nuestra meta suprema: conocer a Cristo, y darlo a conocer. Inexcusable es la práctica de hacer de la educación el objetivo principal, viviendo sin hacer caso de la eterna Palabra de Dios. Aquel día revelará la necedad de tal camino.

Son pocos los hechos que tienen tal efecto profundo en la vida de una persona como aquellos que acabamos de tratar. Si en el cielo no vamos a tener un completo conocimiento de todas las cosas, entonces lo que aprendamos aquí es lo que llevaremos al cielo. Por lo tanto, debemos prepararnos ahora para la eternidad. Debemos evitar la posibilidad de dedicar nuestras vidas a formas de aprendizaje terrenal que no tendrán valor alguno en el cielo. Debemos dar a los grados superiores de educación el lugar que les corresponde, es decir, debemos considerarlos como instrumentos para servir al Señor aquí en una forma más efectiva. Debemos darle a la Palabra de Dios el énfasis legítimo en nuestras vidas adquiriendo un mejor conocimiento de su Autor y de su sagrado contenido.

Sí, ¡en el cielo habrá progreso! ¡Nosotros continuaremos aprendiendo allá! ¡Y el gozo de aquel curso de instrucción dependerá de lo que estemos haciendo con la Biblia aquí, hoy!

¡TÚ ESCOGES TU PROPIO FUTURO!

¿Te causaría mucha impresión el saber que, en gran parte, tú determinas tu propio futuro? Tú serás en la vida lo que quieras ser realmente. Si deseas intensamente tener cierta carrera, probablemente lo conseguirás. Este es un secreto muy valioso que debe conocerse más ampliamente. Tú tienes la llave de tu propio mañana.

Como recordarás, Dios apareció a Salomón una noche y le preguntó lo que deseaba. Salomón pidió sabiduría y conocimiento, y su petición fue concedida juntamente con riquezas, abundancia, honor, victoria y larga vida.

De una manera similar, la pregunta se hace a toda persona, «pide lo que quieras que yo te dé». Y lo que pedimos es básicamente lo que obtenemos.

Se dice que Lord Roseberry tuvo tres grandes ambiciones en su juventud: 1. Ganar el Derby. 2. Casarse con la hija de un millonario. 3. Llegar a ser Primer Ministro. La historia nos cuenta que logró sus tres objetivos.

Hace algunos años, en un lugar en Chicago, un joven se arrodilló junto a su cama y, clamando la promesa del Salmo 145:19 le dijo al Señor que deseaba fervientemente lo siguiente: 1. Poder memorizar grandes porciones de la Biblia. 2. Poder escribir folletos y distribuir gran cantidad de ellos. 3. Proporcionar folletos gratuitamente a obreros cristianos. 4. Predicar el evangelio y ministrar la Palabra de Dios. 5. Poder escribir artículos espirituales para la edificación de los creyentes.

Todos los que conocen a Tom Olson saben que él tiene un extraordinario talento para memorizar las Escrituras, que sus predicaciones del evangelio y sus enseñanzas de la Biblia han sido de bendición para muchos, que sus artículos son ampliamente leídos, y que sus tratados han sido los que probablemente más se hayan difundido.

Es así con toda persona joven. «El futuro está como una hoja limpia ante ellos, listo para recibir lo que ellos decidan escribir sobre su página».

¡Y esto nos lleva al punto! *Ten cuidado con lo que desees.* Mucho depende de tu elección. Y hay una terrible finalidad con respecto a ello.

Cuando el hierro líquido fluye del horno, puede ser introducido en cualquier molde, pero, rápidamente al enfriarse se endurece, y mantiene firmemente su forma, a pesar de los martillos.

¡Si los jóvenes pudieran ver las posibilidades de su juventud, y las consecuencias que dependen de su temprana elección, tan claramente como algún día lo verán, entonces habría menos mañanas desperdiciadas y menos ocasos tristes.

Por cada uno que elige deliberadamente, hay probablemente tres que simplemente van a la deriva. Ellos se creen piezas de fortuna o suerte. Son fatalistas. Pero, aún con esto, ellos han hecho su elección, y esa elección es la de dejarse llevar por cualquier corriente y tomar lo que venga.

Los jóvenes sensatos deben ser conscientes de su solemne posición y de lo invaluable de su elección. Deben darse cuenta que ellos pueden llegar a ser casi cualquier cosa que quieran. Luego deberían ser tremendamente cuidadosos con lo que eligen, para que ésa sea realmente una elección digna.

Si Dios te preguntara hoy,

«¿Qué es lo que quieres en la vida?»

¿Qué le dirías?

¡Escucha con atención! ¡ÉL ESTÁ PREGUNTÁNDOTE!

AMBICIONES: ¿SABIAS O NO?

¿Qué es una ambición digna para la vida? ¿Qué tipo de carrera resultará ser la más recompensadora cinco minutos después de nuestra muerte? ¿Cuál es la mejor forma de invertir nuestro tiempo, nuestros talentos, y nuestros bienes?

¿Estaremos de acuerdo en que el «hacerse rico» no es una meta conveniente para un cristiano?

1. En primer lugar, el Señor mismo lo prohíbe claramente (Mateo 6:19), y por lo tanto, es tan incorrecto como la inmoralidad y el homicidio.

2. En segundo lugar, la abundancia material es un gran impedimento en los asuntos espirituales (Marcos 10:23-24).

3. Las riquezas son engañosas (Marcos 4:19): parecen reales, pero se desvanecen rápida y repentinamente.

4. El Señor Jesús, nuestro ejemplo, fue un hombre pobre (2 Corintios 8:9). Él dijo constantemente que el siervo no es más que su señor (Mateo 10:24-25).

5. Las riquezas no pueden ser llevadas al cielo (2 Corintios 4:18).

6. Hay un verdadero problema moral en cuanto a cómo un cristiano puede seguir siendo rico cuando ve toda la pobreza y necesidad del mundo a su alrededor.

Hace algunos años, apareció el siguiente artículo en un periódico de Ontario:

John Livingstone de Listowel fue en su muerte el hombre más rico en el Condado de Perth, Ontario. Sus propiedades estaban valoradas en \$500.000. Además de esto, su vida estaba asegurada por \$500.000. Él fue hermano de David Livingstone, el famoso misionero explorador escocés.

En los años de su juventud, en su hogar en Escocia, estos dos muchachos hicieron grandes elecciones para sus vidas. Juan dijo, «Me voy a Canadá para hacer fortuna». ¡Y lo hizo! David entregó su vida al Salvador, el Señor Jesucristo, y la dedicó a la gran labor de penetrar en el África para ganar a

sus habitantes con el Evangelio. Para la opinión del mundo, Juan fue un hombre sabio y David un necio. Pero el punto de vista mundanal es sumamente miope. Aun cuando Juan alcanzó éxito en los negocios y acumuló grandes riquezas, y David sepultó su vida en Africa y murió allí sobre sus rodillas en una cabaña solitaria, el resultado después de cincuenta o setenta y cinco años es que el nombre de Juan casi ha desaparecido de la tierra, mientras que el de David Livingstone es fragante donde sea que el Evangelio es conocido alrededor del mundo.

Pero la búsqueda de las riquezas ¿no es la única gran tentación!

Otra fuerte atracción del hombre es la prominencia personal. Los hombres desean ser alguien, alcanzar renombre, llegar a ser ilustres.

Algunos buscan esta gloria en los negocios o en la profesión. Dan lo mejor de sí en estas áreas. Ellos adoran en el altar del comercio o la ciencia. Luchan incansablemente por el éxito en los campos que han elegido, mientras que la voz de Dios les dice: «¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques» (Jeremías 45:5).

Algunos buscan distinción en el campo del atletismo. Entrenan rigurosamente bajo la disciplina más rígida. Hacen sacrificios con el fin de alcanzar proezas. Luego en la carrera del certamen utilizan todos sus músculos para ganar el premio. Pero las Sagradas Escrituras declaran que Dios «no se complace en la agilidad del hombre» (Salmo 147:10). Él no es un devoto de los deportes, porque las ventajas del ejercicio corporal sólo son para esta vida, pero la piedad afecta la eternidad así como el tiempo (1 Timoteo 4:8).

Otros buscan distinción especializándose en algún área del conocimiento, ya sea filosofía, historia, música, etc. Pero es una indecible tragedia ver a los cristianos gastando sus vidas en la preparación para convertirse en expertos en áreas de aprendizaje que en el cielo serán de poco o ningún valor.

Aun otros tienen la noble idea de ayudar a su prójimo, y se dedican a la política, al bienestar social o alguna forma de progreso comunitario. Debe decirse para mérito de ellos, que son los menos egoístas de todos aquellos mencionados, pero aun con todo, sus programas altruistas son deficientes. Porque para ayudar al hombre a resolver los tremendos problemas que enfrenta, tú debes cambiar su naturaleza. Ninguno de los proyectos visionarios de esta época pueden hacerlo. Sólo el Evangelio tiene la respuesta. La caridad más sincera es presentar al hombre al Señor Jesucristo.

Y así podríamos seguir examinando las cosas ordinarias por las cuales el hombre vive, y las encontraríamos indignas de sus más grandes esfuerzos, porque en primer lugar son ineficaces, y en segundo lugar son temporales. Su valor está limitado sólo para esta vida. Nunca pueden completar la visión del cristiano que vive para dos mundos.

Ninguna vida ha hallado su verdadero significado si no ha tomado en cuenta los dos mundos. La vida presente y la venidera. ¿Es un mérito pensar en la otra vida cuando ya se es viejo? Me gustaría alcanzar a aquellos cuyas cabezas no están canosas, para hacerles reflexionar mientras haya tiempo, para redimir sus vidas de la incredulidad, la vileza, el egoísmo, la restricción y llevarlas a la fe, la justicia y la nobleza, para que consideren que ahora su vida pertenece a dos mundos. Dos mundos: el presente que es tan breve, y el otro que es eterno. ¿Qué nos esperará allá? Esa es la pregunta que convierte lo temporal y transitorio en una consecuencia eterna. Lo que he realizado ahora repercutirá en la eternidad. No podré afrontar el problema de la vida hasta que no me haya dado cuenta de esto.

William Kelly fue un destacado estudiante de la Biblia cuyo conocimiento y espiritualidad le hicieron realmente poderoso para Dios en Gran Bretaña a fines del siglo pasado. El Sr. Kelly ayudó a un familiar suyo joven a prepararse para

ingresar en el Trinity College en Dublin y así llamó la atención de los profesores allí. Ellos insistieron en que tomara un empleo en la universidad para de esta forma hacerse conocido. Cuando el Sr. Kelly mostró una completa falta de entusiasmo, éstos se quedaron perplejos, y uno le preguntó exasperadamente, 'Pero, Sr. Kelly, ¿acaso no le interesa ganar reputación en el mundo?'

A lo cual el Sr. Kelly respondió hábilmente, «¿Qué mundo, caballeros?»

Sí, ¡eso es! Al considerar nuestras aspiraciones en la vida, la gran pregunta es, «¿Qué mundo, caballeros?»

¿Puede mantenerse firme tu ambición si es examinada a la luz de esta realidad?

LAS GRANDES OBLIGACIONES DE LA VIDA

A fin de pensar en forma sensata con respecto al futuro, uno debe de tomar en cuenta tres grandes principios: 1. Nuestra obligación con Dios 2. Nuestro deber hacia nuestro prójimo. 3. Nuestras propias aspiraciones.

Ninguna vida que no asuma estas tres responsabilidades es una vida verdaderamente próspera.

Tu Dios

¡Dios primero! Aun si fuera sólo nuestro Creador, merecería nuestra firme confianza y constante servicio. Pero el hecho de que el Gran Creador vino a ser nuestro Salvador. Es esto lo que nos deja sin excusa alguna.

Cada uno de nosotros debe enfrentarse a estas verdades eternas:

1. Dios en Su gran misericordia envió a Su único Hijo para morir en mi lugar.

2. El Señor Jesús vino voluntariamente de la gloria del cielo a la inmundicia y vergüenza de este mundo por mí.

3. Él sufrió, derramó su sangre y murió para salvar mi alma.

4. Aquél que murió no fue sólo un hombre, sino el mismo que creó el universo.

5. Él murió por mí siendo yo Su enemigo.

6. Los sufrimientos que Él pasó para pagar la pena de mis pecados fueron tan grandes que la mente humana no podrá entenderlos jamás.

7. Él me estimó lo suficiente como para comprarme con Su sangre en el mercado de esclavos del pecado.

8. Él murió para ser mi Rey, mi Señor, y mi Maestro.

Estas verdades pueden convertirse fácilmente en algo muy trivial para los cristianos. Pero cuando, raras veces, los destellos de su gloria inundan nuestras almas, quedamos completamente maravillados por ellas y sólo podemos exclamar:

Después de todo lo que Él ha hecho por mí,
después de todo lo que Él ha hecho por mí,
cómo no darle de lo mío lo mejor
y vivir del todo para Él
después de todo lo que Él ha hecho por mí.

Betty Daasvand

Si es verdad que Cristo me compró con Su sangre, entonces es obvio que mi vida ya no me pertenece más a mí, sino a Él. Así razonó el apóstol Pablo cuando escribió:

Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego, todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquél que murió y resucitó por ellos (2 Corintios 5:14,15).

¡Por tanto, ya no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino a Él! C.T. Studd no pudo llegar a otra conclusión.

Yo sabía que Jesús murió por mí, pero nunca entendí que si Él murió por mí entonces mi vida no me pertenecía. Redención significa comprar nuevamente, de modo que si yo le pertenecía, entonces o bien tendría que ser un ladrón para retener lo que no era mío, o por el contrario tenía que entregarlo todo a Dios. Cuando reconocí que Jesucristo murió por mí, no fue difícil entregarle todo a Él.

Isaac Watts captó la lógica razonable de todo esto en la bien conocida, pero poco practicada composición de estas líneas:

Si fuera mío todo el reino natural,
ofrenda demasiado pequeña sería
el amor divino, tan sin igual
exige mi alma, mi vida, toda mi energía.

El Conde Zinzendorf dijo, «Pensé que no sería digno de mi Salvador si no le ofrecía lo que más amaba».

Y Pilkington de Uganda fue forzado a reconocer, «Si Él es Rey, Él tiene derecho sobre todo».

Hace años, cuando un misionero, T.E. Wilson, estaba hablando a nativos en Angola, le saltó a la vista en su audiencia un hombre alto y corpulento que tenía junto a sí a un muchacho muy atemorizado y tembloroso. Cada vez que el hombre se movía, el muchacho retrocedía con terror. Al finalizar el servicio, el predicador se enteró de que se trataba de un amo cruel con su esclavo. Inmediatamente empezó a realizar los trámites para comprar al muchacho. El dueño le puso un precio muy alto, y finalmente lo vendió cuando estuvo satisfecho con las condiciones.

Cuando el cristiano se dirigía a casa con su compra, se dio cuenta de que el esclavo estaba tan atemorizado de él como lo estaba de su dueño anterior. Así que al llegar a casa, se sentó con el muchacho y le dijo, «Hijo, hoy te he comprado, y ahora me perteneces. Sin embargo, de hoy en adelante eres libre y puedes hacer lo que tú quieras. Puedes regresar a la jungla y vivir allí con tu gente, o puedes quedarte en mi casa y ser un miembro de mi familia».

Cuando el muchacho se dio cuenta de que el misionero era sincero en lo que decía, le miró con lágrimas en los ojos y dijo: «Sr. Wilson, yo seré su esclavo para siempre».

¿Qué otra respuesta razonable hubiera podido dar? Y por la misma razón, debemos decir, «Señor Jesús, seré tu esclavo para siempre. Mis manos, mis pies, mi voz y mi intelecto te pertenecen. Tú derramaste tu sangre y moriste por mí; por tanto yo viviré para ti».

Las misericordias de Dios nos ponen en deuda con Él, todo lo que sea menos que la entrega completa de nuestras vidas, no sería razonable (Romanos 12:1-2).

Tu Prójimo

Pero luego tenemos una segunda obligación, la cual es hacia nuestro prójimo. El Cristianismo es esencialmente desinteresado. Trabaja bajo un profundo sentido de deuda «a griegos y no griegos, a sabios y a no sabios» (Romanos 1:14). Es estimulado por una pasión por las almas, y un misterioso sentido de compulsión que clama: «¡Ay de mí si no anunciare el Evangelio» (1 Corintios 9:16).

Los jóvenes creyentes con celo no pueden hacer planes para sus vidas, sin tomar en cuenta las siguientes consideraciones:

1. El mundo de nuestro alrededor está pereciendo. Cien mil almas al día perecen, sin Cristo, una a una se van, en culpa y condena quedarán.

2. Un gozo incomparable aguarda en el cielo a los salvados, pero el indescriptible dolor del infierno será la porción eterna de aquellos que mueren sin Cristo. Cada cristiano debería sentarse en quietud por una hora y pensar en el infierno: su eternidad, sus remordimientos, sus tinieblas, su tormento. Debería pensar en sus familiares, amigos, vecinos, y en toda persona que pronto estará allá. Debería pensar lo suficientemente como para no vivir nunca más como un cristiano nominal, rutinario, complaciente.

3. Si el Evangelio no es verdadero, debe ser totalmente abandonado, pero si es verdadero, debe ser proclamado por todos los rincones de la tierra. Sería un crimen conocer un remedio para el cáncer y guardarlo egoístamente. Asimismo, sería un crimen conocer el remedio para las almas y no compartirlo.

¿Podríamos nosotros teniendo el alma encendida
con sabiduría de la altura,
podríamos nosotros a las almas en negrura,
negarles la lámpara de vida?

4. Esta generación de la humanidad sólo puede ser alcanza-

da por esta generación de cristianos. Por lo tanto, nuestra obligación no puede ser transferida a otros.

5. Se nos pedirán cuentas por lo que hayamos hecho con la Gran Comisión (Mateo 28:19-20). ¿Nos atreveríamos a ir a la eternidad con nuestras vestiduras manchadas con la sangre de las almas?

6. Cada persona que encontramos es una posible piedra preciosa en la corona del Salvador. Por tanto, debemos amarlos, por Su causa.

Debemos afrontar estas realidades en forma sincera y valiente, de otro modo, estaremos dando un rumbo equivocado a la vida.

Tú Mismo

Finalmente, nuestros planes deben ser formulados con miras a nuestros propios intereses. A simple vista, esto parece ser inexcusablemente egoísta, pero no es así, porque Dios desea que tengamos lo mejor y espera que vivamos de tal forma que logremos lo que en Su amor ha planeado para nosotros.

¿Cómo puedo cumplir mis propias aspiraciones para esta vida y para la venidera? El joven cristiano debe examinar profundamente lo siguiente:

1. Es posible que tu alma se salve y que tu vida se pierda.

2. Esta vida no es un fin en sí, sino simplemente una inversión para la eternidad. «La vida es el período de entrenamiento para el tiempo cuando reinemos».

3. Es posible arreglar tu vida ahora de modo que sigas trabajando después de tu muerte. R.W. Borham dijo que «Es el deber de todo hombre proveerse de algún trabajo honesto que pueda desempeñar cuando esté descansando en su tumba».

4. ¡Un día estaremos ante el Tribunal de Cristo! ¿Qué es lo que valdrá para entonces? Sólo la vida que haya sido invertida en Dios.

5. Existe la terrible posibilidad de que aquel día nos encontremos con las manos vacías.

¿Con las manos vacías he de ir?
¿Sin haber servido ni un día en su mies?
¿Con mi Redentor me he de reunir
sin poner ningún trofeo a sus pies?
¿Con las manos vacías he de ir?
¿Así he de encontrar a mi Salvador?
¿Ningún alma con la cual acudir?
¿Con las manos vacías he de ir?

C. C. Luther

6. Nada compensará la pérdida de Sus palabras «¡Bien hecho!»

Ninguna pérdida se compara a la pérdida inaudita de haber estado ocupado en los propios asuntos y no haber visto a un alma buscando la verdad que pasaba por el mismo camino. Qué sería si al término del día, cuando las cosas se muestran más claras a la luz de la tarde, miráramos atrás y viéramos que el Señor que nos redimió se encontraba allí en aquel momento, buscando a alguien que le pudiera decir a esa alma, «He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» y nosotros no estuvimos allí.

Aún la reflexión de un momento revelará que nuestros mayores intereses para tiempo y eternidad, son mejor cumplidos cuando estamos en el centro de la voluntad de Dios.

Paremos entonces para examinar nuestras ambiciones y preguntémonos a nosotros mismos: 1. ¿Consideran mi obligación con Dios? 2. ¿Me descargan de mi deuda con la humanidad? 3. ¿Me son de máxima utilidad en esta vida y la venidera?

Si no cumplen con estos requisitos, entonces son aspiraciones sin valor y deben ser descartadas.

EL GRAN COMPROMISO DE LA VIDA

En el capítulo anterior hemos visto que todo creyente tiene un solemne compromiso con su Dios, con su prójimo y consigo mismo: con su Dios, por Su obra en la creación y redención; con su prójimo, porque sin Cristo perecerá eternamente; consigo mismo, porque un día comparecerá ante el Tribunal de Cristo y tendrá que dar cuentas de su vida completa.

¿Cómo, pues, puede un cristiano cumplir esta triple responsabilidad? Si sólo vive para sí, estará insatisfecho en esta vida y desdichado en la venidera. ¿Una vida egoísta servirá para sus propios intereses?

Si vive para el bienestar general de su prójimo, sin incluir el Evangelio, no habrá logrado una ayuda verdadera, porque lo que el hombre necesita es a Cristo y sin Él perecerá para siempre.

Pero si, en cambio, entrega por completo su vida al Señor, no puede errar, porque la persona que ama a Dios sobre todas las cosas, necesariamente ayudará a la humanidad por medio del Evangelio, y con ello servirá a sus propios intereses, tanto para su felicidad presente como para sus recompensas en el futuro.

El gran secreto de una vida cristiana de éxito, por lo tanto, está en rendir a Dios todo nuestro ser.

Esto comienza con el sincero reconocimiento de que nosotros no sabemos lo que es lo mejor para nuestras vidas. Jeremías expresó bien esta actitud cuando dijo: «Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos» (Jeremías 10:23).

Es apropiarse de una profunda convicción de que Dios tiene un «mejor plan» para nuestras vidas, que podemos tener «lo mejor» Suyo si con sinceridad lo deseamos, y que de no ser así sólo conoceremos Su «vicemejor» o un «mejor» más inferior todavía.

Si creemos esto realmente, siendo seres racionales nos vemos forzados a cumplir con el gran compromiso de la vida, de rendir nuestras vidas a Él. Rendir significa entregar

al Señor todo nuestro ser: espíritu, alma y cuerpo. Significa dedicarle todos nuestros miembros, todo lo que tenemos y somos. Significa entregarle a Él incondicionalmente nuestra voluntad. Significa una entrega absoluta.

Betty Stam hizo el gran compromiso de su vida nueve años antes de morir como mártir. Ella escribió en su Biblia:

Señor, renuncio a mis propios planes y propósitos, a todos mis deseos, esperanzas y ambiciones (ya sean del cuerpo o del alma), y acepto Tu voluntad para mi vida. Me doy entera: mi vida, toda yo, por completo a Ti, para ser tuya para siempre. Pongo a tu cuidado todas mis amistades. Todas las personas que amo han de tomar un segundo lugar en mi corazón. Lléname con tu Santo Espíritu. Realiza Tu voluntad por completo para mi vida cualquiera que sea el coste, ahora y para siempre. Para mí el vivir es Cristo.

Borden de Yale cumplió el gran compromiso de su vida unos años antes de morir de meningitis cerebral en Egipto, mientras se dirigía a China llevando el Evangelio:

Señor Jesús, no quiero decidir yo sobre mi vida. Te pongo a Ti sobre el trono de mi corazón. Cámbiame, purifícame y úsame como Tú quieras. Tomo el pleno poder de Tu Espíritu Santo. Gracias, Señor.

Y estos son sólo ecos de una Voz Mayor que clamó en la quietud de un huerto de Oriente: «No se haga mi voluntad sino la Tuya».

Así debe ser con toda alma que desea progresar en las cosas de Dios. Debe haber un momento en que la persona repudie su propia voluntad y se presente como sacrificio vivo a Dios diciendo:

Iré donde quieras que vaya;
Haré lo que quieras que haga;

Diré lo que quieras que diga;
Seré lo que quieras que sea.

Una vez realizada esta entrega incondicional debe ser repetida en la práctica diaria. El creyente debe mantenerse en un estado de sumisión. Debe recordar que es un esclavo que espera continuamente las órdenes de su amo. En cada aspecto de la vida debe reconocer el señorío de Cristo.

¿Qué ocurrirá entonces? ¿Experimentará esa persona alguna transformación física? ¿Tendrá una crisis emocional sensacional? ¿Descenderá fuego del cielo en respuesta?

En la mayoría de los casos, por lo menos, no habrá ningún signo o exhibición externa. Antes bien, habrá una apacible seguridad de fe en que Dios ha oído en los cielos y ha aceptado la ofrenda. Al igual que creemos que Él nos salva cuando venimos a Él como pecadores suplicantes, debemos también creer que Él nos acepta cuando venimos a Él como sacrificio vivo.

Después puede presentarse el peligro de desanimarnos por lo cotidiano y por continuar en el mismo ambiente. La vida seguirá de forma rutinaria en cierto modo. Tal vez las tareas diarias nos parecerán monótonas o incluso triviales. Pero lo más grande es estar rendido, saber que el camino que sigues es justamente la senda trazada para ti. Mientras seas fiel en las pequeñas cosas, Dios será tu fiel guiador en las crisis. Te conducirá paso a paso. Llegarás a ser cada vez más consciente de las extrañas, pequeñas e inesperadas coincidencias de la vida. Te darás cuenta de que las cosas están «funcionando». Hallarás oportunidades que nunca hubieses logrado tener por ti mismo. Y aunque la dirección de Dios a veces pueda ser oscura en ciertos momentos, mirando atrás y considerando los años pasados de una vida consagrada, te darás cuenta de que el Señor te ha estado guiando y que para ti ha sido una carrera «encantadora».

Esto implicará una espera —larga, penosa espera— que es lo que peor llevamos. Pero es parte de nuestro entrenamiento necesario.

Siempre existirá el peligro de volver atrás, de reconsiderar, de abdicar y bajarnos del altar de sacrificio. Cierta cristiano colgó un lema en la pared de su comedor: «Señor, guárdame para Ti a cualquier costo». Pero un día fue allá y silenciosamente quitó el lema —el costo era demasiado alto. Debemos hacer del nuestro un sacrificio irrevocable, porque cualquiera que ponga su mano en el arado, y mira atrás, éste no es apto para el Reino de Dios (Lucas 9:62).

Pero sean cuales sean las experiencias de una vida entregada, nunca habrá pesar por haberse entregado. Borden habló de esta vida como de una vida «sin reserva, sin retirada, sin pesar». Es la vida que realmente vale la pena.

Por tanto debemos hacer de esto algo práctico y personal. Cada uno debe hacerse las siguientes preguntas de forma valiente y honesta, ante la presencia de Dios.

¿Alguna vez realizaste el gran compromiso de la vida?

¿Estás todavía luchando contra Dios, tratando de guardar para ti una vida que en realidad le pertenece a Él?

¿Hay sacrificio demasiado grande como para no hacerlo por el Salvador que murió por ti?

¿Hay algún lugar a donde aún no estés dispuesto a ir?

¿Temes que Dios te pudiera llamar a algún ámbito de servicio que tú consideres por debajo de tu dignidad?

¿Estás dispuesto —ahora mismo— a entregar tu vida a Jesucristo sin reservas?

¿TE ATREVES ACASO A NO HACERLO?

LA IMPORTANCIA DE UNA OCUPACIÓN

Siempre que se toca el tema de la sumisión a Cristo, inevitablemente habrá alguien que se defenderá objetando, «¿Pero tengo que vivir de algo, no es así?» ¿Cómo podría estar alguien más patéticamente confundido? Esta declaración implica que:

1. Tenemos que vivir de algo venga lo que venga. 2. Aquellos que dedican sus vidas a Cristo de alguna forma automáticamente tendrían que entrar al servicio a tiempo completo y no trabajar más para su propio sustento. 3. Hay una mayor posibilidad de pasar hambre cuando uno se rinde a Dios, que cuando uno no lo hace y tiene un «buen trabajo».

Este es un razonamiento erróneo, porque, en primer lugar *nosotros no tenemos que vivir de algo*. Los esclavos del Señor Jesús no eligen la forma o el tiempo de su partida. Sólo es importante vivir en la medida que Él lo desea. Hasta ese momento, nosotros somos inmortales.

Es falaz, en segundo lugar, porque cada creyente debería estar en el servicio a tiempo completo. Para algunos, la oficina es un campo misionero, para otros, la cocina. Algunos predicán a los nativos de África, otros en los Estados Unidos.

Finalmente, es falaz, porque se olvida de que aquellos que dan prioridad máxima a los intereses de Cristo en sus vidas tienen garantía plena de que sus necesidades esenciales han de ser satisfechas.

Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas (Mateo 6:33).

Pero a fin de que nuestros pensamientos se despejen en todo este tema, quizá deberíamos considerar brevemente la importancia de una ocupación en la vida de un creyente.

1. En primer lugar, está dentro del plan general de Dios que todo hombre debería ganar su sustento por medio del trabajo.

Con el sudor de tu rostro comerás el pan (Génesis 3:19).
Seis días trabajarás (Éxodo 20:9).

Os ordenamos esto: si alguno no quiere trabajar, tampoco coma (2 Tesalonicenses 3:10).

El trabajo duro no es una desgracia. Es más bien una bendición de Dios para el hombre.

2. El cristiano debería buscar la dirección del Señor en cuanto a qué ocupación o profesión dedicarse. Él debería esperar una dirección tan clara en esto como si estuviera eligiendo su campo misionero.

3. En este sentido, un trabajo ordinario no es menos exaltado que el trabajo evangelístico en regiones lejanas. La cosa más importante es saber que Dios ha sido el que ha guiado la selección del determinado trabajo. Sin embargo, no se puede estar plenamente seguro de esto, si no estamos genuinamente rendidos a la voluntad del Señor y por lo tanto, dispuestos a ir a dondequiera que Él envíe.

4. La distinción, que es común en nuestros días, entre trabajo «secular» y trabajo «sagrado» no es bíblica. Todo trabajo es sagrado si es hecho para la gloria de Dios. Sobre esto G. Campbell Morgan escribió:

«La frase ‘tarea ordinaria’ debería ser eliminada de cada vida. Jesús nos enseñó que todo trabajo es santo, si el trabajador también lo es. No con ánimo de controversia, sino como una protesta contra un concepto equivocado de la vida humana, les digo que ningún hombre tiene derecho alguno, simplemente porque predique o desarrolle ciertas funciones, de hablar de sí mismo como de un hombre con ‘ordenación sagrada.’ El hombre que sale a trabajar mañana tras mañana con su caja de herramientas al hombro, si es un hombre santo, sin duda tiene derecho a tal distinción, y si aquel hombre entra a la carpintería y corta un tronco, la sierra es un utensilio del santuario de Dios, y un sacerdote el hombre que la usó. Todo servicio es un servicio sagrado. Yo quiero que el lector lleve consigo este concepto del trabajo para Cristo cada día de la semana entrante, detrás del mos-

trador y en la oficina, y para las amadas hermanas diré que en casa también».

5. En la búsqueda de la dirección del Señor con respecto a una carrera, el creyente debería recordar que Dios normalmente usa al hombre en el campo en el cual se encuentran sus talentos naturales. Por supuesto, esta no es regla sin excepciones, pero al menos establece un patrón de conducta.

6. Obviamente, el Señor no guiará al creyente hacia una empresa cuestionable o moralmente dudosa, y ningún creyente debería adherirse a un trabajo si éste significa compromiso con prácticas mundanas o que perjudique su testimonio.

7. Lo más importante para recordar es que el trabajo no es lo principal en la vida. Es meramente un medio para un fin. La observación de Carey merece la fama que ha recibido. Cuando le preguntaron a qué se dedicaba en esta vida, respondió, «Mi negocio es predicar el Evangelio; arreglo zapatos para pagar los gastos».

Se cuenta una historia similar con respecto a John Wamaker, fundador de los almacenes que llevan su nombre. Cuando se le preguntó cómo un hombre tan ocupado como él hallaba tiempo para hacer el trabajo de la Escuela Dominical, dijo, «¡Es que, la Escuela Dominical es mi trabajo! Todas las demás cosas son sólo eso —cosas. Hace cincuenta y cinco años que decidí que la promesa de Dios era cierta para mí, ‘Buscad primeramente el reino de Dios, y Su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas’».

¡Esto es lo importante que debemos tener en mente! Los intereses del Señor primero; lo demás es secundario. El peligro se levanta cuando el trabajo asume una proporción desmedida. Como el camello que se mete dentro de la carpa, una ocupación con frecuencia echa fuera al legítimo Propietario. Quita al hombre de asistir a las reuniones de la iglesia local. Demanda cada vez más de su tiempo. Interrumpe su servicio cristiano hasta el punto de hacer al creyente relativamente inefectivo.

El resultado usual es que el creyente es «despojado» de los derechos de su nuevo nacimiento. Como Jowett dijera, él no llega a ser nada más que «un pequeño empleado en una empresa pasajera». Al «abrazar lo subordinado» se pierde lo central de esta vida.

8. Cuando decimos que el trabajo es secundario, no queremos decir que debería ser desarrollado con descuido o desinterés. Por el contrario, debería ser un asunto de testimonio cristiano hacerlo correcta y conscientemente, bien hecho -como para el Señor. Por cada hora pagada, el hijo de Dios debería dar a su jefe sesenta minutos de trabajo dedicado. No usará el tiempo de su jefe para testificar a otros; ya que sabe que esto debería ser hecho a expensas suyas, es decir, en su propio tiempo.

Con frecuencia es algo difícil para un cristiano saber exactamente donde terminan los deberes para con su empresario y donde empiezan los del Señor. No hay muchos que sean capaces de mantener un balance correcto. Pero una cosa es cierta: si un hombre realmente honra a Dios en tal aspecto, Dios le honrará a él y no permitirá que éste mendigue pan, aunque un cambio de empleo podría a veces ser necesario.

9. Aquello que debemos evitar es gastar la vida haciendo lo que un incrédulo podría hacer tan bien como podríamos hacerlo nosotros. El Señor Jesús dijo, «Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú vé, y anuncia el reino de Dios» (Lucas 9:60). Cualquiera puede enterrar a un muerto, pero sólo los labios de los redimidos pueden testificar la gracia salvadora de Cristo. Es en ese sentido que debemos ser indispensables.

10. En ningún momento debiéramos desear hacer por lucro sucio lo que no haríamos por Jesucristo. Nunca debiéramos sacrificar por una corporación aquello que hemos rechazado dar a la iglesia.

11. Casi siempre cuando un hombre desarrolla fielmente sus obligaciones y sirve a Dios con humildad, el Señor ensancha su esfera de servicio. Tal vez su tiempo está más

ocupado en la obra del Señor y se da cuenta de que sus necesidades diarias, no obstante, son suplidas de la misma manera. O tal vez recibe el claro e inconfundible llamado de Dios para dedicarse a tiempo completo al evangelismo o la enseñanza en su país o en el extranjero. En tales casos, cuando el Señor ha guiado con claridad, el cristiano puede ir adelante sin tener que preocuparse por sus necesidades temporales. Cuando Dios llama, también provee, o, como Hudson Taylor dijo, «La obra de Dios hecha a la manera de Dios, nunca carecerá de las provisiones de Dios».

12. En una época en que el mundo glorifica el éxito en los negocios y profesiones, es bueno que los cristianos puedan considerar tales logros con cierta indiferencia. Servir a Cristo en un área de no mucha importancia es mejor que ser el jefe de un imperio público lucrativo. Y ser un basurero en la voluntad de Dios es mejor que ser el Presidente de la nación fuera de Su voluntad.

Éstas, entonces, son consideraciones que el joven cristiano debería meditar al reflexionar sobre su carrera. Debería estar completamente seguro de que Dios le ha guiado a un empleo en particular, y de que no le ha escogido simplemente a manera de escape para no rendirse incondicionalmente a su Señor y Maestro.

EXCUSAS, EVASIONES Y COARTADAS

Cuando las demandas de Cristo apremian a los hombres, por lo general hay una tendencia a excusarse, buscar escapatorias y poner pretextos. Ya hemos considerado una de estas evasivas: «¿Tengo que vivir, no es así?» Ahora miraremos brevemente otras formas de decir «no» al llamado del Salvador.

Una excusa muy común es esta: «¡Debo pensar en mi futuro!»

Hace algunos años un joven de un estado del Este estaba profundamente interesado en dedicar su vida al Señor en una forma especial de servicio. Era consciente de la profunda lucha interior y de la gran sensación de urgencia. Ante la alternativa de aceptar esta senda de servicio o seguir manteniendo una posición espléndida en el mundo de los negocios, consultó con dos creyentes maduros que eran ambos prominentes en la vida profesional. Le aconsejaron que no dejara su trabajo advirtiéndole: «Recuerda, Roberto, ¡tienes que pensar en tu futuro!»

Así que conservó su posición bien pagada, *pero ¿pensó realmente en su futuro?*

Luego hay otros que dicen: «Pero ¡alguien tiene que quedarse en casa!» La gente que habla así parece mostrar una profunda preocupación por aquellos que están en el frente por Cristo, pero muy a menudo su actitud es una mera tapadera para su propia falta de interés de arriesgarse a la posibilidad de ser llamados para tal trabajo.

Es cierto que Dios usa a algunos aquí para sostener a aquellos que han salido lejos para difundir el Evangelio, pero parece extraño que demasiados jóvenes varones sanos, vitales, fuertes y talentosos están quedándose aquí en «casa» mientras que sus frágiles y tímidas hermanas salen como pioneras a áreas peligrosas y malas para la salud.

Puede ser que otros razonen alegando que sus talentos o su educación podrían ser usados mejor en otros campos que en «la obra cristiana»; por eso dudan en rendirse de

todo corazón al Señor temiendo que Él quizá los llame a un servicio «por debajo de su nivel». La respuesta a esto es fácil: no está en nosotros la facultad de decir dónde pueden ser mejor usadas nuestras habilidades. Y más aún, es deshonrar a Dios pensar que cualquier cosa que nosotros tuviéramos sería demasiado buena para Él. No tenemos nada que no hayamos recibido de Él. Y mientras que la educación y los talentos están bien en su lugar, el mejor lugar para ellos es a los pies horadados del Señor Jesucristo. El Apóstol Pablo fue una eminencia intelectual, un trabajador prodigioso, un hábil genio. Pero reflexionando sobre estas cosas que significan tanto para los sabios de este mundo, escribió:

Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo (Filipenses 3:7-8).

Luego hay todavía otros que, enfrentados con el hecho de que entregarse completamente a Cristo es algo de lo más racional, dicen, «Pero soy demasiado viejo». Simplemente me gustaría preguntar a estos desertores espirituales, «¿Acaso eres demasiado viejo para obedecer?»

Otra excusa son las «responsabilidades en casa». ¡Los padres, o esposa e hijos! ¿Sería lógico que Dios nos haya dado estos familiares amados como motivo para no presentarnos nosotros mismos a Él? ¿Frustraría de este modo Sus propios propósitos y nuestros intereses? No, Dios nunca guiaría a un creyente consagrado a descuidar las responsabilidades de su hogar. Pero nuestra primera responsabilidad es rendirnos a Él, y amarle más que a «padre y madre, y mujer, e hijos, y hermanos y hermanas», y aún más que nuestra propia vida (Lucas 14:26).

Algunas almas sinceras vacilan en hacer una entrega

absoluta, porque piensan que no tienen una capacidad suficiente. ¡Pero para consagrarse no es necesario estar bien capacitado! Cristo trabaja sumamente bien con vasos vacíos. Además, en casi todo verdadero llamado a la obra del Señor parece haber cierta medida de reserva humana, de modo que esta actitud en sí no es desfavorable. Finalmente, cada miembro del cuerpo de Cristo tiene algún don, y a fin de encontrar su verdadera función debe reconocer a Jesús como Señor.

Tal vez la excusa más patética de todas sea esta: «Dios en realidad no quiere que yo deje todo por Él; Él sólo quiere saber que estoy dispuesto». Imagina un batallón de soldados cerca del frente. Cuando se da la orden de avanzar, los soldados van a sus trincheras, limpiando sus fusiles y comentando, «El general no quiere realmente que nosotros avancemos; sólo quiere saber si estamos dispuestos». Ninguna batalla podría ganarse de esta forma, y solamente se escribiría la historia de la derrota.

Todas estas son excusas que el hombre usa para no entregarse a Cristo. Son excusas, no razones. No hay razón para no contraer el gran compromiso con el Salvador.

Al decirte Él una vez más,
«¡Hijo mío (Hija mía), dame tu corazón!»
¿Qué le ofrecerás?
¿Una excusa? ¿O tu ser entero?

VIDA CON PASIÓN

Si el Señor Jesucristo es digno de algo, ¡Él es digno de todo! Si Él murió por nosotros, ¡entonces nosotros deberíamos morir por Él! Si Él entregó su cuerpo por nosotros, ¡entonces nosotros deberíamos darle nuestros cuerpos a Él!

El cristiano verdadero en realidad es un fanático. Es el objeto del escarnio y reproche. No marcha al compás con el mundo, no está adaptado a su ambiente. En el momento que él se convierte en un «chico normal» ha perdido su verdadero carácter.

El creyente ideal vive con una pasión. Su corazón está ardiendo por Cristo. Es como el Conde Zinzendorf que dijo: «Tengo una pasión: es Él, sólo Él». Todo lo demás es secundario.

Los hombres de Dios consideran que ningún sacrificio es demasiado grande si se hace por Él. Su dinero, su tiempo, sus mismas vidas están a Su disposición y se gozan de que sea así.

Como Robert Arthington ellos dicen: «Con gozo haría del suelo mi cama, de un cajón mi silla y de otro mi mesa, antes que los hombres perezcan por falta del conocimiento de Cristo».

Sus discípulos en cierto sentido son desnaturalizados. Van en contra de sus instintos naturales. Se desligan de las ataduras de una vida ordinaria. Por el amor a Cristo ceden lo que otros consideran derechos inherentes. Sus seguidores son esclavos, no se atreven a mandar, simplemente obedecen.

Un cristiano consagrado es un peregrino y extranjero, andando por terrenos desconocidos, testificando fielmente a quienes se encuentran allí, pero sin adoptar nada de su carácter.

Es un hombre sin el afán de hacer amigos, sin la esperanza o el deseo de tener bienes terrenales, sin el temor a las pérdidas materiales, sin preocupación por la vida,

sin el temor a la muerte; sin rango, país o condición; un hombre con un pensamiento: el Evangelio de Cristo; un hombre con un propósito: la gloria de Dios; un loco, y contento de ser considerado como tal por amor de Cristo. Entusiasta, fanático, charlatán o cualquier otro sobrenombre raro que el mundo pueda elegir para identificarlo. Pero aún sigue sin estar descrito. Cuando le llaman negociante, cabeza de familia, o ciudadano, hombre de dinero, hombre de mundo, hombre de conocimientos o incluso hombre de sentido común entonces ha perdido su verdadero carácter. Tienen que testificar o morir y aunque tuvieran que morir, hablarían. No tienen descanso, sino que recorren con prisa tierra y mar, montes y desiertos sin caminos. Claman en alta voz y no excusan, y no serán impedidos. En las prisiones levantan sus voces, en las tempestades de los océanos no se están callados. Ante concilios horribles y reyes exaltados dan testimonio de la verdad. Nada excepto la muerte puede reprimir sus voces y en los instantes precisos de la muerte, antes que la llama y el humo sofocante haya apagado el órgano del alma, ellos hablan, oran, testifican, confiesan, imploran, batallan y finalmente bendicen a la gente cruel.

Esta es la clase de hombres y mujeres que el Señor Jesús está buscando hoy.

No busca multitudes desorientadas, sin rumbo ni objetivo, sino que está buscando hombres y mujeres individuales cuya alianza inmortal nacerá del hecho de haber reconocido que Él quiere aquellos que están dispuestos a seguir la senda de la autonegación que Él pisó antes que ellos.

Desea hombres como Rowland Hill cuyas palabras «fluían ardientes de su corazón». Hombres como Chalmers que fue notable por su «increíble fervor». Quiere hombres como

Henry Martyn quien dijo: «Ahora déjenme consumirme para Dios».

Muchos jóvenes hoy en día están dispuestos a dar los mejores años de sus vidas a los negocios. Están preparados a morir por su patria. Viajarán alrededor del mundo por un buen sueldo. Trabajarán día y noche por un partido político.

Para llegar a ser músicos, herirán sus dedos casi hasta los huesos. Para llegar a ser sacerdotes o monjas tomarán un solemne voto prometiendo no casarse. Para llegar a ser actores aprenderán de memoria largos y difíciles papeles. Para entrar en ciertas profesiones estudiarán durante diez años enteros.

¿Qué estarás tú dispuesto a hacer para el Señor Jesucristo?
Que no sea sólo una parte o la mitad de tu corazón
¿no le darás TODO?

Con demasiada frecuencia los jóvenes criados en hogares cristianos son formados para el mundo en lugar de para el Salvador. Así dice el hermano MacDonald en este tratado, en el cual escribe a padres de jóvenes para ayudarles a orientar a sus hijos en las grandes decisiones de la vida.

El hermano MacDonald es el autor de más de 60 libros que incluyen: El Verdadero Discipulado, un Comentario sobre la Biblia y muchos cursos por correspondencia.

«EN POS DE SOMBRAS»

«La educación, el gran abracadabra y fraude de todos los tiempos pretende prepararnos para vivir; y se prescribe como la panacea universal para todos los males, desde la delincuencia juvenil hasta el envejecimiento prematuro. En su mayor parte sólo sirve para incrementar la estupidez, inflar la arrogancia, promover la incredulidad y dejar a los que le están sujetos a merced de lavacerebros que tienen la prensa, radio y televisión a su disposición».

de *«Jesus Rediscovered»*, por Malcom Muggeridge.

Con demasiada frecuencia los jóvenes criados en hogares cristianos son formados para el mundo en lugar de para el Salvador; para el infierno más que para el cielo. Pregunta hoy a unos padres cristianos corrientes con qué propósito están formando a sus hijos. Muchos de ellos contestarán: «Para que tengan un buen empleo», o: «Para que sean independientes económicamente», o bien: «Para que puedan mantener una familia y vivir con cierta comodidad». Puede que cambien las palabras, pero la respuesta es esencialmente la misma: Queremos que nuestros jóvenes prosperen. No queremos que se queden atrás en el prestigio económico. Tenemos un «modelo» de lo que es deseable para nuestros hijos, y ejercemos sobre ellos todo tipo de presiones para conformarlos al molde. Queremos que asistan a las escuelas de renombre, cuanto más prestigiosas, mejor. Queremos que consigan trabajo en alguna institución que tenga prestigio en la comunidad. Queremos verlos bien casados, es decir, que consigan a alguien con cierto *estatus* social. Queremos que tengan su vivienda en una buena urbanización, que saquen adelante una hermosa familia y disfruten de lo que se nos negó a nosotros cuando éramos jóvenes. Queremos además que dediquen algunas de sus noches libres y los domingos a la iglesia, de vez en cuando.

¿Cuántos padres ponen ante sus hijos la obra del Señor

como un modo deseable de emplear sus vidas? ¿Cuántos padres instan a sus hijos a desechar las conveniencias sociales, a abandonar todo bienestar material, y a obedecer la Gran Comisión? ¿Cuántas madres desean para sus hijos vidas de servicio y sacrificio para Cristo?

Hemos llegado a tener una perspectiva básicamente mundana, y como consecuencia estamos criando hijos para el Destructor. Estamos creando una generación que no va a dedicar sus mejores talentos a Cristo, sino a una gran sociedad anónima. Harán por el dinero lo que no harían por el Maestro.

Universidades de Prestigio

Generalmente la presión de los padres comienza en serio cuando el joven está a punto de terminar su educación secundaria. Es una decisión inevitable que debe ir a la universidad. Que esté calificado o no para ello no tiene mucha importancia. Él debe tener una educación universitaria. Todos los demás jóvenes de la iglesia ya estudian en escuelas de prestigio.

Parece que los padres no entienden que sus hijos podrían desempeñar mejor un trabajo para el cual no necesitan educación superior. ¿Qué tiene eso de malo? Después de todo, el principal propósito del trabajo para un cristiano es proveer meramente para sus necesidades básicas, de manera que la mayor parte de su tiempo y sus talentos puedan usarse para extender la causa de Cristo. Con frecuencia un cristiano en un trabajo no especializado puede alcanzar mejor sus objetivos que uno que haya prosperado en sus negocios y que pone sus recursos al servicio de una tarea fugaz.

Pero es inútil decirlo. A los padres se les ha convencido totalmente de que no puedes ir a ningún sitio sin una licenciatura, y según esta noción van a actuar. Hay padres que se desmayarían si su hijo o su hija llegara a casa di-

ciendo que ha decidido unirse con otros creyentes en la iglesia, para realizar un dinámico y enérgico ministerio evangelístico. «¿Qué?» —gritaría— «¿Y perder estos años cruciales de tu vida?»

Un joven creyente que conozco, para gran satisfacción de sus parientes y amigos, fue a estudiar a una universidad muy famosa. Pero Dios tenía Su propio plan para él allí. Decidió que no estaba recibiendo el tipo de formación que necesitaba y cuando volvió a casa, dijo a su padre (que era cristiano) que quería abandonar los estudios y servir al Señor. El padre entendió que semejante decisión podría dar al traste con todos sus planes, tan bien pensados para el éxito de su hijo. Durante varias horas expuso las «poderosas razones» que tenía para considerar muy insensato lo que el joven iba a hacer. En el fondo, también pensaba en el desprestigio social que supondría tal decisión. Finalmente el hijo miró a su padre directamente a los ojos y preguntó: «Bueno, papá, ¿quieres que sirva al Señor o no?» Afortunadamente esto resultó ser el final de toda oposición.

Muchos padres que no han ido a la universidad tienen la obsesión de que a sus hijos no debe negárseles ese privilegio. En muchos casos ese sentimiento es una pasión ciega e irreflexiva que persigue la promoción social más que el bienestar espiritual. Hay un lugar para la formación universitaria, pero a los pies de Cristo. Es algo legítimo, siempre que persiga cumplir la voluntad de Dios en la vida de tal persona. Pero es un craso error si su meta es equipar a un cristiano para llegar a alcanzar fama en el mundo, o para perder el tiempo y las energías persiguiendo la gloria vana de esta tierra. Está bien si puede engancharse al vagón de la voluntad de Dios, pero ha de tenerse por basura si aparta al hombre de lo relevante a lo trivial.

«Me acuerdo de Henry Martyn, aquel estudiante sobresaliente de Cambridge, que habiendo alcanzado los codiciados honores de su estimada universidad, sin embargo se sentía inexplicablemente insatisfecho en la hora de su

triunfo académico: 'Quedé sorprendido al comprobar que había atrapado una sombra'. Ah, pero fue grata decepción, un bendito desencanto, inspirado por el Espíritu Santo. 'El Espíritu del Señor sopla' y la gloria codiciada se marchita como la hierba seca. Fue una grata desilusión porque entonces la mirada de Henry Martyn se dirigió, ya no a los galardones académicos, sino más arriba, a lo que satisface completamente, al 'premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús Señor nuestro.' Habiendo contemplado la gloria del Señor, sus ojos fueron abiertos para percibir la inmensidad de los campos sin cultivar y por lo tanto, infructíferos, del Señor. Así que decidió consagrar su vida al Señor en la India» (J. W. Jowett).

¿Aficionados o Fanáticos?

En nuestra cultura 'cristiana' se acepta fácilmente que los jóvenes aspiren a alcanzar fama en el mundo del deporte. Hay un atractivo especial en un tipo atlético que forma parte del equipo y alcanza gloria para su club.

En algunos deportes al menos existen riesgos intrínsecos. Puede ser que nuestro querido joven creyente termine la temporada con un ligamento desgarrado, una vértebra fracturada, o tal o cual miembro dislocado. ¡Magnífico! De hecho, las escayolas sirven para estampar firmas, y las muletas dan cierto aire de gloria. Hemos aprendido a adoptar una actuación filosófica ante el hecho de que el deporte también cause víctimas.

Pero ahora seamos honestos: ¿Nos gozamos del mismo modo en nuestros jóvenes héroes que salen a la «buena batalla de la fe», la «guerra 'cristiana' para alcanzar la gloria para el Salvador del mundo?»

¿Aplicamos la misma «filosofía» cuando son lapidados por dar testimonio de Cristo? ¿Nos sentimos igual de orgullosos de verlos predicar en las calles de Bombay como de verlos en un campo de fútbol?

¡Ahí está la diferencia entre los aficionados y los fanáticos! Pueden vocear: «¡Te arrancaré la cabeza!» en el terreno de juego, o gritar: «¡Mátalo!», «¡Acaba con él!», desde la banda, y nosotros los llamamos: «aficionados». Pero si pasan largas noches en cultos de oración, o si hablan del Señor a todo el que encuentra (avergonzando a sus hermanos más sofisticados), entonces los llamamos: «fanáticos».

Estamos muy equivocados al establecer nuestra escala de valores así... ¡pero muy equivocados!

El Llamamiento A Filas

Y ahora hemos de enfrentar el asunto del servicio militar. Poco después de recibir la cartilla de reclutamiento, nuestros hijos ya se ponen el uniforme. No hay porque preocuparse, ¿verdad? Ahora están en período de adiestramiento... atravesando alambradas, arrastrándose bajo fuego de metralla, haciendo marchas interminables. Salen a la primera línea de guerra, y todo son trincheras, sangre, hedor y angustia. No nos gusta, pero lo aceptamos. Como se suele decir: «¡La guerra es la guerra!» Si nuestros hijos mueren en combate decimos: «Dieron su vida por la patria». Está bien dar la vida por la patria, ¿no?

Si eso es razonable, ¡Cuánto más lo es que entreguemos nuestros hijos al Señor Jesucristo! ¡Con que santo desprendimiento deberíamos alentarlos a gastar y a gastarse por El! ¡Como deberíamos mostrarles la gloriosa visión de vivir y morir para el Hijo de Dios! ¡Cómo deberíamos hacer caso de la exhortación!:

Dad vuestros hijos a proclamar el mensaje del Cielos
Dad vuestros bienes para poder sostenerlos; Daos vosotros, intercediendo ante el Padre por ellos; Y de lo que diereis, cien veces más os será devuelto.

Desafortunadamente eso no es así. Muchas madres se vuelven neuróticas al pensar que van a «perder» a sus hi-

jos en el campo misionero. Cuando Isabel Kuhn dijo a su madre que Dios le había llamado a servirle al otro lado del mar, la buena mujer contestó: «¡Por encima de mi cadáver!». Y así es precisamente como Isabel fue... por encima del cadáver de su madre.

En demasiados casos preferiríamos que nuestros hijos engrosaran las estadísticas de accidentes en nuestro propio país, antes que morir por el evangelio en el extranjero. Cuando nuestros hijos marchan al servicio militar los tratamos como héroes nacionales. Cuando anhelan servir en la obra del Señor con frecuencia encuentran obstáculo y reproche. ¿Desde cuándo es más glorioso morir por la patria que por el Caudillo de nuestra salvación?

El Trabajo Es Lo Que Cuenta

Cuando nuestros hijos han conseguido un buen empleo y están en buen camino hacia el éxito, experimentamos una sensación de verdadera satisfacción. Podemos recostarnos y respirar un poco más tranquilos. De mil y una formas traicionamos nuestra convicción de que no es el trabajo lo que importa. He aquí un ejemplo:

«— ¿Cómo le va a tu hijo, Paco? — Muy bien, la verdad. Gracias — ¿Qué hace? — ¡Oh! Es vicepresidente de la sección de grapas y broches de la compañía 'Inútiles y Derivados, S.A.' — ¿Y cómo marcha en el terreno espiritual — Bueno... No sabría decirte con seguridad. Es cierto que no tiene el tiempo que le gustaría tener para las cosas del Señor».

¡Ahí está Le va de maravilla en lo de esta vida, pero no tanto en lo de la venidera, la que realmente cuenta!

Lo que ocurre generalmente es esto: Paco es un joven entusiasta con auténtico potencial para servir al Señor. No mucho tiempo después de entrar en la empresa, los direc-

tivos se dan cuenta de que reúne los requisitos para el trabajo. Pronto le ascienden y le suben el sueldo. Claro que la empresa espera que produzca. Demandan cada vez más de su tiempo. Le exigen hacer viajes sin previo aviso...

A medida que su carrera progresa, encuentra menos tiempo para su familia, y todavía menos para la obra del Señor. No puede asumir con regularidad responsabilidad en la iglesia local porque en cualquier momento puede hallarse fuera de la ciudad.

Hay momentos en que le gustaría librarse de todo eso y hacer algo que contribuyese al beneficio eterno de las almas, pero está atrapado en una red. Su familia, que va en aumento, su casa nueva, su coche, le supone una presión económica. Y además, la consideración del «¡qué dirán!». Tal vez él sí podría soportar esto, pero para su mujer resultaría más difícil.

Su empresa tiene una habilidad perversa para absorber lo mejor de sus energías. Es una presión constante, constante, constante. La competitividad se intensifica, las cuotas de ventas se elevan, y algunos de sus subordinados miran su puesto con ojos codiciosos.

Llega al fin el día en que recibe su último ascenso. Ya está en la cumbre. A partir de ahora sólo queda la cuesta abajo. Su pulso está alterado y sus nervios fuera de quicio; y está deseando jubilarse.

Lo que lamenta es haber dado lo mejor de sí a una: «Sociedad Anónima». Cuando la Empresa ya no lo necesita, lo aparta a un lado con la ceremonia de una cena de despedida. Entonces es cuando se arrepiente de no haber entregado lo mejor de su vida al Señor y no haber usado su empleo simplemente como el medio de cubrir sus gastos. Lo que intento decir es que no es el trabajo lo que cuenta. Los cristianos tenemos asuntos muy importantes en que ocuparnos antes que perder la vida como encargados de intereses mezquinos y temporales.

Jenny Lind dejó los escenarios estando en el cenit de su cámara artística. Sentada un día a la orilla del mar en Os-

tende, con una Biblia en su regazo, oyendo las apacibles olas, y con la mirada fija en una magnífica puesta de sol, alguien le preguntó por qué había abandonado el trono en el mismo día de su coronación. Ella reposó su mano sobre la Biblia abierta y dijo: «Me hacía pensar poco en esto y (apuntando al sol poniente) nada en aquello; así que lo abandoné sin ningún pesar en aras de una vida más grande».

Por culpa del hincapié que hacemos en la conveniencia de tener buenos empleos la iglesia está desempeñando un papel secundado en el ámbito de los grandes negocios, y el mundo sigue sin ser evangelizado.

Por favor, que nadie nos malinterprete y piense que estamos aprobando la pereza. No queremos decir a los jóvenes que deben marginarse de la sociedad, estar por ahí sentados la mayor parte del día bebiendo «Coca-cola», y participar de vez en cuando en alguna campaña evangelística. ¡Nada de eso! Somos partidarios de la disciplina de un empleo remunerado. Pero es una cuestión de prioridades. El trabajo es un método válido de proveer para las necesidades diarias, pero llega un momento en que sus demandas crecientes deben supeditarse a las prioritarias exigencias del Señor.

El Poder Del Ejemplo

Los jóvenes no son tontos. Al contrario; son buenos jueces de la naturaleza humana. «Leen» en los adultos como en un libro abierto.

Los creyentes adultos pueden predicar todo lo que quieran sobre consagración dedicación, y devoción. Pueden hablar del campo misionero y de la dignidad del servicio cristiano. Pero a juzgar por el modo en que viven, los jóvenes ven qué es lo que realmente valoran. Si ven a sus ancianos amasar una fortuna dando prioridad a los negocios y viviendo a todo lujo, no se sorprendan si ellos siguen el mismo ejemplo.

Quizá pensemos que es nuestro derecho inalienable retirarnos una vida de inactividad después de cuarenta años de trabajo, ¡pero entonces no nos sorprendamos si nuestros hijos trabajan con el mismo objetivo mientras el mundo se va al infierno!

Excusas A Granel

Dondequiera que las demandas de Cristo ejercen presión en los jóvenes sus padres se lanzan a defenderlos armados con argumentos teológicos aparentemente validos. Veamos algunos ejemplos. «No todos han de ir. Alguien debe cuidar del bagaje». Esa cita acerca de los que quedaron con el bagaje se conoce asombrosamente bien (1 S. 30:24). Pero no parece que fuera la intención de David cuando dijo aquello, que se usara como excusa para desobedecer las claras enseñanzas de Jesús. De hecho, no hay peligro inmediato de que escasee el personal encargado del bagaje. ¡El bagaje está bien guardado! Incluso si cada cristiano decidiera poner a Cristo en primer lugar en su vida, hay un Dios en los cielos que proveería para todas nuestras necesidades. No tendríamos que pasar hambre.

Una segunda excusa es: «Alguien debe alcanzar con el evangelio a la gente pudiente desde dentro de la élite de los financieros». Esto es sencillamente falso. Pablo llevó el evangelio a la casa de César estando en prisión. Una sirvienta diligente en su trabajo puede alcanzar a la familia adinerada a la que sirve. «La araña que atrapas con la mano y está en palacios de rey» (Pr. 30:28). ¡Cuán a menudo ese argumento es una excusa del siervo para vivir en un *status* superior al de Maestro!

Ahora alguien dirá: «No salgas a la obra del Señor si no estás seguro de que has sido llamado». Lo que olvidamos es que todos somos llamados a servir a Cristo. Esa es nuestra mayor razón de ser. No se espera de nosotros que estemos de adorno ni que vivamos egocéntricamente. Nuestro

llamamiento es a dar a conocer a Cristo. El Nuevo Testamento nunca presenta a individuos llamados a ser fabricantes de tiendas de campaña, o pescadores, o curtidores. Estamos llamados a ser testigos; y nuestra ocupación laboral tiene el propósito de proveer para nuestro sustento.

Una última excusa es la de padres sentimentales y quejumbrosos que suplican a sus hijos: «Quédate en casa, haz mucho dinero, y apoya así la obra del Señor».

Suena tan plausible... pero pasa por alto el hecho de que la necesidad más apremiante del Cristianismo hoy es de hombres llenos del Espíritu Santo. Nunca me ha resultado difícil orar pidiendo dinero, pero, por lo general, ¡qué distinto ha sido orar por hombres sin disposición!

Regreso A Los Fundamentos

Nosotros enseñamos a nuestros hijos a acumular. Cristo los llama a renunciar a todo lo que poseen (Lc. 14:33).

Nosotros les enseñamos que ser pobre no es loable. Jesús dijo: «Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios (Lc. 6:20).

Nosotros les decimos que se queden en casa y cumplan bien con todo. El Señor les dice: «Id por todo el mundo y predicad el evangelio» (Mr. 16:15).

Nosotros les inducimos a asegurar su vida terrenal. El Salvador les exhorta a hacerse tesoros en el cielo (Mt. 6:20).

Nosotros les proponemos que vivan para dos mundos. Jesús dice que eso no es posible (Lc. 16:13).

Nosotros les enseñamos a «andar por vista». La Palabra les enseña a «andar por fe» (2 Co. 5:7).

Hermanos, es hora de que nos replanteemos las ambiciones que tenemos para nuestros hijos a la luz de estos hechos ineludibles:

1. Por todo el mundo los hombres y las mujeres sin Cristo se están perdiendo.

2. Los cristianos tenemos lo que ellos necesitan: el evangelio.

3. Si les privamos del pan de la vida, somos culpables de negligencia criminal, de homicidio del alma, en definitiva.

4. No nos pertenecemos. Hemos sido comprados con la sangre del Señor Jesús.

5. No tenemos derecho a vivir en forma egoísta. Debemos vivir para aquel que murió y resucitó por nosotros.

6. Si pretendemos salvar nuestras vidas, las perdemos. Si las perdemos por Su causa, entonces las hallaremos; la realidad será nuestra.

7. Dentro de cien años solo la vida vivida para Cristo tendrá valor.

Necesitamos padres que alienten a sus hijos a «quemarse» en el servicio a Cristo. Padres que no se disgusten si sus hijos aman más a Cristo que a ellos. Padres que no se alarmen si sus hijos son arrestados porque optan por obedecer a Dios antes que a los hombres. Padres que muestren tanto por sus vidas como por sus palabras que aquel que pone a Cristo en primer lugar es el que alcanza el éxito más excelente.

Hace unos años, estando un hombre en su despacho, alguien llamó a la puerta:

«¿Quién es?» preguntó.

«Soy yo, Ed. ¿Puedo pasar a hablar contigo Papá?»

«Pasa, Ed».

Edward entró en el despacho, se sentó, y después de un diálogo preliminar, dijo:

«Papá, he decidido abandonar la carrera de derecho porque el Señor me ha mostrado que me quiere en el campo misionero».

El padre contestó: «Vamos a orar sobre el asunto». Y allí, de rodillas, el padre encomendó a su hijo a Dios y a la Palabra de Su gracia.

Aquel hombre era el doctor T.E. McCully. Su hijo Edward marchó al Ecuador y allí sacrificó a su vida a orillas

del río Curaray, martirizado por los salvajes indios aucas. Cuando el doctor McCully contaba aquella historia, a menudo añadía: «¡Cuánto me alegro hoy de que no tuve ni una palabra de desánimo o de estorbo para Ed cuando me habló de su llamamiento al campo misionero!»